



EL DESDÉN CON EL DESDÉN

UN amigo y compatriota mío que reside en esa, escribiéndome sobre el efecto de una de estas mis correspondencias, me decía que sólo la habían juzgado de otro modo uno que otro de esos que influyen en los «bancos y cuya gravedad sólo se interrumpe para reírse de lo que no pueden entender». Conozco la clase y sé como estiman los trabajos por lo que por ellos se paga.

Se ha hecho célebre aquella «salida» de Espronceda, cuando dijo:

Y yo digo. Yo con erudición, ¡cuánto sabría! por mi parte, que de haber dedicado mi inteligencia y mi aplicación que son más que regulares, — tengo que confesarlo con la modestia que me caracteriza — á hacer dinero, á estas horas sería millonario, y acaso dueño de un banco. Porque aquí donde ustedes me ven yo de muchacho demostré felicísimas y muy precoces disposiciones para financiero y hombre de negocios, como lo cuento en mi obra en prensa. «Re-

cuerdos de niñez y de mocedad». (Esto es un anuncio por anticipado, ¡claro está!) Pero amigo, para todo hace falta vocación y yo, francamente, no tengo vocación de millonario.

Para hacerse rico una de las primeras cosas es tener vocación de tal, y piensen lo que piensaren esos graves consejeros que se ríen de lo que no pueden entender, no todo el mundo nace con esa vocación. Y hasta hay quien tiene vocación de pobre, aun sin ser capuchino.

«¡Ja! ¡ja! ¡ja!—decía riéndose cierto burro cargado de oro—¡qué puede decir de importancia un hombre que no ha sabido hacer una peseta...»

Lo cual no es decir, claro está, que los graves consejeros adoradores del becerro de oro no estimen á los escritores. Sí, los estiman, pero es cuando éstos les dicen ó lo que les halaga ó lo que ellos entienden. Porque ¿qué cosa hay que no pueda entender un hombre que ha sabido amasar una fortuna? ¿El haber sabido arrebatar plata no capacita acaso para entender de todo lo razonable? Y digo razonable porque las cosas á que ellos no alcanzan han de ser de por fuerza, fantasías, enrevesamientos, sutilezas inútiles, máscaras en una palabra.

Y el mismo amigo que me comunica la grave actitud desdeñosa de esos graves consejeros me dice á propósito de mis comentarios á la escena

de las tres generaciones, que es preciso estudiar hasta qué punto el padre trabajador y honrado, pero tal vez metalizado provoca, en ciertos casos y no en todos ni mucho menos, el desdén mal encubierto que hacia él siente más tarde su propio hijo que se hizo doctor gracias á la plata del padre.

Algo de esto he podido observar por acá muy de cerca y muy en grande. He visto toda una generación de hombres enérgicos y laboriosos trabajando con tesón para crear una fortuna de que puedan disponer sus hijos y despreciando la ciencia que no sea de aplicación, la ciencia que no sea ingeniería práctica, despreciando la filosofía, el arte, las letras, y sobre todo el espíritu, y luego se han encontrado con que sus hijos, dueños de una fortuna, se han dedicado á la ciencia pura, á la filosofía, al arte, á las letras y han acabado por despreciar á sus padres, los despreciadores. El hijo del rico cuando se doctora, siente su hermandad con los demás doctores acaso más que la tenga con los demás ricos y al recordar que su padre, el burro de carga que amasó la fortuna, se burlaba de los doctorcitos sin plata se siente herido y desprecia á su padre.

Todo eso es amargo, amarguísimo, pero es menester decirlo.

• El padre que cree que ha cumplido sus debe-

res de tal, trabajando para legar una fortuna á sus hijos y nada más, tiene por lo común que arrepentirse un día de ello.

Mi amigo se lamenta de la situación de parias en que se encuentran en ciertas colectividades los elementos intelectuales. Voy á contarle y á contar á mis lectores un caso.

En cierta ocasión un amigo mío, hombre de gran inteligencia y de gran corazón, instruído y culto, con una profesión académica muy bien poseída, me comunicó su propósito de emigrar á una república americana. Y hube de decirle: «Si es que usted va pensando hacer fortuna no sé qué decirle, pues me temo que á usted, como á mí, le falta vocación de rico. Por allá lo que hace falta, dicen, son brazos y capitales, no capacidades. Pagos hay por aquellas tierras en que sobran los doctores y como nada tienen que hacer, matan el tiempo no como dicen que el diablo lo mata, espantando moscas con el rabo, sino inventando revoluciones. Y además, ¡un doctor español!... Si va usted, pues, en busca de fortuna, no sé bien qué decirle. Pero si usted va en cierto modo por patriotismo, con espíritu de abnegación, para honrar y enaltecer nuestro buen nombre, entonces es ya otra cosa.

«Usted sabe—continué diciéndole—que en cada país la masa de la gente, la que no viaja ni conoce las cosas directamente, se forma su idea

respecto á los extranjeros en vista de los que conoce. En nuestro propio país para muchísima gente era el italiano, y aun sigue siendo, ó un tenor ó un pobre vagabundo que va tocando el arpa y el saboyano un deshollina-chimeneas. Era inútil hablarles de Italia como de un país de alta é intensa cultura y de elevadísimos espíritus, de la tierra que ha producido los genios más humanos. Este necio prejuicio persiste aún y lo que es más triste, hasta en gentes que pasan por regularmente instruídas. Es como si creyéramos que el Japón se compone de malabaristas y funámbulos. Y por allá, por aquellas tierras á que usted quiere ir, el término «gringo» encierra en boca del pueblo todo un contenido de absurdos é injustos prejuicios.

«Aquí, entre la población rural de Castilla—proseguí—usted sabe que no se conoce á los gallegos más que por los que vienen á segar durante el estío y aún á estos pobres jornaleros se los conoce mal. Y por ellos se juzga de los gallegos todos, resultando que más de una vez se han sorprendido cuando les he hablado de cómo son los gallegos y cuán diferentes de como se los figuran.

«De nosotros mismos, los vascos, hay por allá una idea muy favorable, favorabilísima, pero que aun siéndolo, lleva para no pocos ciertas connotaciones que nos convendría desapareciesen.

Hablo, claro está, de la idea vulgar sobre el vasco, de la que domina entre la gente de campaña. Porque el vasco es un mocetón robusto y honrado, generalmente lechero, muy trabajador y muy formal, noble y franco, pero . . . — aquí entra el pero — muy iliterato, que habla mal el castellano, propenso al reaccionarismo, terco y duro de mollera. Es decir, un beocio honrado y noble. Y lo mejor sería que conservando nuestra buena fama perdiéramos esta otra. Y de esto tienen en gran parte la culpa nuestros compatriotas mismos, pues abundan entre ellos los que cuando topan con un vasco muy vasco, muy amante de su país, pero que no estima necesario para ello ni ser ortodoxo ni pretende sostener lo insostenible, le declaran renegado ó descastado.

«Y así pasa con todo, amigo, y de aquí proviene en gran parte la idea que respecto á España y los españoles tienen muchos extranjeros que nos juzgan por la mayoría de las pobres gentes que sin más ideal que el de hacer fortuna van por sus tierras.»

No es, claro está, que este ideal sea censurable ni mucho menos. Lo censurable es que los cazadores de la fortuna, luego que la hayan cazado, den en despreciar á otros y en reirse de lo que no pueden entender.

Ahora hacen aquí muchas gentes como que les importa el problema de la emigración. Unos

hablan de reformarla y otros de encauzarla. Pero á nadie, que yo sepa, se le ha ocurrido discutir sobre las necesidades espirituales de las colonias españolas desparramadas por ultramar. A nadie se le ha ocurrido que un Estado que conoce sus deberes está obligado á proveerles de algo más que de agentes consulares y otros oficiales meramente burocráticos. Si aquí se preocuparan las gentes de esto y los gobernantes estuvieran orientados en el sentido de la cultura, habría ya en Buenos Aires y en otras ciudades donde hay un fuerte contingente de españoles, institutos de enseñanza subvencionados y sostenidos por España. Más razón hay para que España sostenga en Buenos Aires un instituto español de segunda enseñanza, v. gr., que para que lo sostenga en Cuenca ó en Lugo.

En mi pueblo se conoce á muchos ingleses, pero es á ingleses que andan á minas ó á los marineros de los buques que arriban á su puerto y que se distinguen por su afición á emborracharse. En cambio, son contadas las personas que tienen noción de los pensadores, artistas, políticos, hombres de ciencia, filósofos y literatos ingleses. Pero esos ingleses, que andan á minas y cuya preocupación, si no única, dominante, es hacer dinero, no suelen tener, por lo común, el mal acuerdo de desdeñar á los filósofos, artistas, literatos, políticos y hombres de ciencia de

su país, ni porque hagan fortuna caen en la necedad de reirse de las cosas de Carlyle ó de Ruskin—tomo dos escritores que pasan el uno por enrevesado y el otro por sutil en exceso—por no entenderlos.

Esto de desdeñar, ó por lo menos fingir desdeñar lo que no podemos entender ó sentir, es uno de nuestros defectos capitales, defecto que estalla cuando el tener fortuna le quita la vergüenza al hombre inculto y rudo.

Y hay en punto á desdenes y admiraciones las cosas más curiosas. En mi vida olvidaré lo que sucedió en Bilbao una vez cuando al concluir un famoso partido de pelota en que parte del público entusiasmado con lo que le había hecho ganar el Chiquito de Eibar sacaba á éste en hombros y aclamándolo, exclamó un andaluz escandalizado al verlo: «¡Hombre! ¡ni que fuera el Frascuelo!» refiriéndose al matador de toros. Sin que esto quiera decir, por supuesto, que á mí me pareciera muy bien aquel entusiasmo, y más teniendo en cuenta que si se le aclamaba no era tanto por su valor y mérito como porque había servido para hacer ganar unas pesetas á los aclamadores. Y ciertamente no ha ganado mucho el buen nombre de que los vascos gozamos con aquel período en que nuestros pelotaris se iban á exportar el en sí noble juego y á traer de vuelta, además de algunas pesetas, ciertas

palabrejas y entre ellas la deplorable de «tongo». Más daño nos ha hecho esto que todo lo que contra el dogma católico y contra la pretensión de eternizar el vascuence hayamos podido escribir algunos vascos que amamos profundamente á nuestro pueblo y nuestra tierra.

Aquí hay una tradición de cultura española, tradición mantenida, como es natural, por una minoría que es como su sacerdocio. Las gentes que emigran no pueden llevarse esa tradición entera y á lo sumo se llevan una vaga y remota conciencia de ella. Crecen en un país extraño donde sólo se preocupan de hacer dinero y pronto se encuentran en completo materialismo de metalización como cierto oscuro sentimiento no sepa contenerlos.

Ciertos pueblos cuando emigran en grandes masas, se llevan allá á donde emigran sus propios sacerdotes, los sacerdotes de su religión y erigen en donde vayan á radicar, su propio templo. Y hay una religión de la cultura patria, la cual tiene sus sacerdotes también. Y el que los desdeña, no merece sino desdén.

No hace mucho tuve ocasión de conocer á un español que después de haber residido durante más de veinte años en una república sudamericana, á la que fué de edad de catorce años, volvió á Europa. Y su primera visita fué á París donde admiró lo menos admirable, es decir, lo

más externo que en París hay. Visitó luego Burgos, León, Toledo, Granada, Sevilla, etc., por el bien parecer y porque veía á ingleses, franceses, alemanes y yanquis, que con sus guías en la mano visitaban esas mismas ciudades, y había que oír los espontáneos comentarios que á su excursión hacía el hombre. Daba pena oírle. Y no era lo peor su incultura, su absoluta falta de sentido artístico, su indelicadeza, no.

Después de todo el buen señor no tenía motivos para haberlos adquirido, pues hartó tuvo que luchar con la fortuna.

Lo que apenaba y hasta dama grima era la soberbia de su incultura, lo que indignaba era que en vez de ser sencillo y humilde, como son muchos que se encuentran en su caso, y reconocer no estar capacitado para percibir ciertas cosas, daba en desdeñarlo todo y en juzgar de las ciudades por el estado del piso de sus calles ó por la calidad de las comidas de las fondas. Claro está, por otra parte, que no habría sido mejor el que fingiera un entusiasmo que no sentía. En su caso lo mejor era no haber hecho la excursión y quedarse en un buen restaurant de París á llenar la andorga y á que le sacaran los cuartos.

Y en cambio conocí también no ha mucho en esta ciudad á unos indianos españoles que venían á recorrer y conocer su patria, que aun sin

preparación suficiente para ciertas cosas, la suplían con una gran suma de buena voluntad, de sencillez y de modestia. Daba gusto estar con ellos.

Estoy convencido de que á España lejos de perjudicarle, le aprovecha el que emigren muchos de sus hijos á buscarse la fortuna á tierras más afortunadas, si es que han de volver luego á fecundar ésta, pero si han de volver metalizados, riéndose de lo que no pueden entender, creyendo que todo se consigue con el dinero y que la cultura culmina en el piso de las calles y en la calidad de las comidas de las fondas, entonces más vale que no vuelvan. Porque para materialistas nos sobran desgraciadamente.





VULGARIDAD

CADA cual habla de la feria según le va en ella», reza el proverbio, proverbio á que podría añadirse: y á cada cual le va en ella según él es: ó más propiamente: cada uno se hace su feria.

Es una observación, no por muy antigua y muy repetida, menos digna de que la repitamos, una vez más, la de que nuestro pesimismo ó nuestro optimismo es temperal, que unos hombres nacen alegres y otros tristes, éste contentadizo y aquél displicente.

Estas breves reflexiones preliminares, de una trivialidad evidente, no tienden á otra cosa que á prevenir al lector de que ha de parecerme muy natural que no haga gran caso de mis lamentaciones y quejas, achacándolas á mi humor. Nadie, en efecto, se queja del mal de muelas ajeno, sino del suyo propio, y así tampoco nadie se queja del mal de los siglos pasados, sino de aquel en que vive. Que este siglo en que vivimos les parezca á los pesimistas el peor de todos los si-

glos, lo encuentro tan natural como el que á los optimistas les parezca el mejor de todos ellos, porque ni unos ni otros han vivido en otro siglo ni, por lo tanto, han experimentado el mal ó el bien de otro.

En su excelente «Historia de la filosofía moderna» nos dice Hoeffding hablando de Carlyle: «Si Carlyle no ha visto en torno suyo más que tinieblas, débese á las severas exigencias que imponía para la solución del problema. Su idealismo nativo, sus luces interiores eran las que lo ennegrecían todo en derredor de él. Dice en alguna parte que el mundo parecerá malo á todo espíritu juvenil y lleno de fuego que entre en él con un gran objetivo á la vista y una visión clara de la existencia; porque ¿en qué otra cosa se ha de emplear su fuerza y su heroísmo? ¡Si el mundo fuera bueno, sería absolutamente inútil! La fuerza y el idealismo humano son, pues, los que hacen aparecer al mundo malo; el mal es nuestra propia sombra, una sombra que no queda detrás de nosotros, sino que se extiende por nuestro propio espíritu. La desgracia del hombre estriba en su grandeza, en el infinito que se agita en él y que no puede verter en las formas de su naturaleza finita.»

Es inútil querer discutir si Carlyle tenía ó no razón, porque no es de razón, sino de sentimiento, de lo que aquí se trata. Una vez discu-

tían acaloradamente delante de mí dos amigos míos, si los salvajes eran ó no más felices que los civilizados. Después de un buen rato de discusión se volvió uno de ellos á mí, que había permanecido todo aquel tiempo callado, y me pregunto mi parecer y si yo creía que los salvajes vivían más felices que los civilizados ó no era así. Y me limité á responderle: como no he sido nunca salvaje, no puedo contestarle á eso. Y ahora añadido, que aunque lo hubiese sido. Porque he sido niño y mozo y no me atrevería á afirmar que mi niñez—la mía—fué más feliz ó menos feliz que mi edad adulta. Ya no me acuerdo de lo que sufrí entonces.

Kierkegaard, en una de las «diapsalmatas» que preceden á su obra «O lo uno ó lo otro», escribe, estas palabras, que ya antes de ahora he tenido ocasión de citar: «Quéjense otros de que nuestro tiempo es malo; yo me quejo de que es mezquino, porque le falta pasión. Los pensamientos de los hombres son delgados y quebradizos como agujas y ellos mismos tan poca cosa como costureras. Los pensamientos de su corazón son demasiado miserables para ser pecaminosos. En un gusano, acaso se tendría por pecaminoso abrigar tales pensamientos, pero no en un hombre creado á imagen y semejanza de Dios. Sus goces son comedidos y pesados, sus pasiones soñolientas; cumplen su deber, estas

almas de bolicheros, pero se permiten, lo mismo que los judíos, cortar en pedacitos las monedas; piensan que aunque Nuestro Señor lleve en orden sus libros se le puede meter gato por liebre. ¡Fuera con ellos! Por eso se vuelve mi alma siempre al Antiguo Testamento y á Shakespeare. Allí se siente que es el hombre el que habla, allí se odia, allí se ama, se mata al enemigo, se maldice su descendencia por generaciones, allí se peca.»

Una vez más hago mías estas palabras de Kierkegaard. Yo no sé lo que me hubiese pasado de haber vivido en otro tiempo y en otro país, ó en este mismo país en tiempos que fueron ó de vivir hoy en otra parte, pero lo que sé es que nada me angustia hoy y aquí tanto como el espectáculo de la vulgaridad triunfante é insolente. Y los vahos que me vienen de fuera, de lejos, son también vahos de vulgaridad.

Yo he creído y sigo creyendo, que la ilustración y la cultura es un capital que crece sin cesar y que cuanto más se difunde y reparte á más toca á cada uno, pero tengo un amigo que sostiene una doctrina muy contraria á esta, afirmando que hay una cantidad fija de ilustración, cantidad que crece en una proporción fija también, y que si se reparte mucho es para tocar á cada uno menos.

Sostiene muy serio que donde el tipo medio

de la instrucción es elevado, se ahoga toda genialidad y profundidad de pensamiento y me recuerda la típica expresión de otro amigo mío que hablándome del país en que ahora vive— muy lejos de esta su patria y nuestra patria— me decía que hay en él una alta cultura superficial. El primero de estos mis dos amigos ha llegado algunas veces á hacerme vacilar en aquella mi creencia que os decía, y por lo menos me ha hecho pensar en si sucederá con la instrucción y la cultura lo que con otros géneros de comercio, y es que se logra la cantidad á costa de la calidad.

Los empeños por vulgarizar la ciencia, la han vulgarizado, en efecto, pero en el peor sentido de la palabra. Lo mismo en ciencia que en literatura, lo clásico, lo permanente, lo universalmente humano, se ahoga hoy bajo una balumba de producciones ligeras, baratas—baratas intelectualmente, es decir, que cuesta poco esfuerzo comprenderlas—y vulgares. Hay quien cree que Flammarion es el primer astrónomo del siglo, quien cita á Letourneau como una de las mayores autoridades en sociología, y así por el estilo.

Nó hace mucho me escribía un joven, preguntándome qué literatos y poetas de cincuenta años acá le recomendaba que leyese. Y le contesté que por qué los limitaba á los de cincuenta años acá. Que leyese á Homero, y Platón, y

Virgilio, y Tácito, y San Agustín, y Dante, y Shakespeare, y Cervantes, y Calderón, y Milton, y Corneille, y Pascal, y Goethe, y... y... y... ¿Por qué de cincuenta años acá? ¿por qué aplicar á cosas de arte, filosofía y poesía ese criterio de mercachifle?

Que siga pensando mi amigo Ricardo Rojas en la necesidad de dar una base de cultura clásica á la educación argentina, y de crear así un clasicismo nacional propio. Es el único modo de combatir la vulgaridad.

Siempre ha habido vulgo, no cabe duda, pero se me antoja que el vulgo de otros tiempos era más respetuoso que el de estos en que vivimos, que sabía ignorar y sabía respetar á los que sabían más que él. ¡Pero este vulgo que tengo que padecer! ¡Este vulgo al que la prensa le ha hecho creer que está informado y enterado de todo! ¡Este vulgo mimado, adulado á diario!

Sí, me acuerdo de los consejos de Marco Aurelio, me acuerdo de ellos. Ya que no podemos hacer que sean de otro modo que como son, dejarlos. Pero no, yo no los dejo. ¿Qué nada consigo con estas agrias, desabridas y displicentes censuras? ¿Qué nada se consigue con llamarle tonto al tonto y al ramplón ramplón? ¡Quién sabe!... Y aunque no se consiga. A Solón que lloraba la muerte de un hijo le dijo un «filósofo» que por qué lo lloraba si nada con-

seguí con ello, y le respondió: ¡pues, por eso!

A medida que la cultura y la ilustración se hacen más un género de comercio, entran más cada vez en la ley general de la oferta y la demanda. Se fabrica ciencia, arte, filosofía y poesía á gusto del consumidor. ¡Y vaya un gusto! El peor Mecenas es el público. Y no hablemos del arte popular, de la ciencia popular... ¡horror! ¡horror! ¡horror! El cálculo infinitesimal, la histología comparada, etc., al alcance de todo género de personas.

Las democracias tienen una cierta tendencia á desconocer la ley de la diferenciación del trabajo. A pesar de lo cual se les impone. Creo que fué Hobbes el que dijo que la democracia es una aristocracia de oradores. Pudo decir que de demagogos. Y lo cierto es que el «politician», el político de oficio es el más genuino producto de una democracia. Y el político de oficio suele ser el más genuino representante de la vulgaridad. No hay oratoria más vulgar que la oratoria política. El que quiera oír vaciedades más ó menos sonoras que acuda á un «meeting» ó metingue, de cualquier clase que él sea.

Estoy quejándome de la vulgaridad, que es mi más constante queja, cuando llega un amigo y me dice: «siempre ha sido así; lo que hay es que la vulgaridad pasada se perdió en el olvido, porque lo vulgar, es pasajero, y sólo ha quedado

en pie y subsistente lo verdaderamente intenso, profundo y sólido, lo que acaso en su tiempo pasó inadvertido. No son los autores que hoy se sigue leyendo los más populares en su tiempo». Sí, esto es verdad, muy verdad, pero Dios mío, ¡tener que convivir con lo que no ha de sobrevivir!

Y hay una forma de vulgaridad que es la más terrible y la más dañina de todas: la vulgaridad brillante. El brillo no hace sino hacer más vulgar á la vulgaridad. «Con azúcar está peor» podría decirse aquí, aplicando aquel águdo dicho sobre aquello que «peor es meneallo». La vulgaridad con brillo está peor.

¿Y en qué consistirá, Dios mío—suelo preguntarme algunas veces—que desde hace pocos años me duele cada vez más la vulgaridad ambiente? Y ha llegado esto á tal punto que se ha mezclado no poca amargura á algunos de mis éxitos. «¿Pero por qué me aplauden esto—me pregunto—y no aquello otro?» He venido á dar en temer el éxito. Porque yo sé—así, como sueña, lo sé, lo sé de ciencia cierta y con toda seguridad—que si mis escritos se leen y se recuerdan de aquí á cien años no serán los que más me han sido celebrados los que mejor se recuerden entonces. He oído no pocos aplausos que me han sonado á reproche.

.....

Y ¿por qué inauguro mis correspondencias de este nuevo año de gracia—ó de desgracia—con estas amargas y mal humoradas, á la vez que nada nuevas ni originales reflexiones? Pues porque en el año que finó,—vaya bendito de Dios al abismo oscuro y silencioso de la eternidad—he sentido más que nunca la terrible presión de la vulgocracia. Sobre todo en sus últimos meses.

Os deseo, lectores, un buen año nuevo. Ahí, en la Argentina, es un año de centenario, de fiestas y banquetes de confraternidad, de discursos, de salutations, de bienvenidas, de himnos, de champaña, de desbordamiento. ¡Dios os lo dé llevadero!

Y aquí, en España, es, como todos, un año de esperanzas. Están en el poder los llamados liberales, con el apoyo de los republicanos, y estos llamados en España liberales son una eterna esperanza, es decir, un eterno desengaño.

Yo por mi parte, temo que en este año que ha empezado se robustezca la vulgocracia. Y este temor es el que me dá fuerzas para luchar. Tenía razón Carlyle; si el mundo fuera bueno, sería absolutamente inútil.

—